



# SERMON

DE LA

## CONQUISTA DE GRANADA.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
— GRANADA —	
Sala	_____
Estante	_____
Número	_____

- 8 ABRIL 92.

# SERMON

DE LA

CONQUISTA DE GRANADA.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA	
- GRANADA -	
Sala	_____
Estante	_____
Número	_____

- 8 ABRIL 92.

B. 34.169

M. J. J.

# SERMON

QUE EN EL ANIVERSARIO

DE LA

# CONQUISTA DE GRANADA

PRONUNCIÓ

EN LA SANTA METROPOLITANA IGLESIA CATEDRAL

DE LA MISMA CIUDAD

EL DIA 2 DE ENERO DE 1865

EL LDO. D. FRANCISCO SANCHEZ JUAREZ,

Canónigo Doctoral de la Santa Iglesia Catedral de Ceuta,

y Predicador de S. M.

---

*Impreso por acuerdo y á expensas del Excmo. Ayuntamiento.*

---

GRANADA.—1865.

IMPRESA DE D. F. VENTURA Y SABATEL.

Impresor de SS. MM.

Erexit titulum lapideum in loco quo  
locutus fuerat ei Deus.

Alzó un título de piedra en el lugar  
en que Dios le había hablado.

*Génes. XXXV, 14.*

## EXCMOS. SRÉS.:

EL mayor bien del hombre es la verdad de la Religion que adora, y su gloria mayor la gloria de la patria donde nace. Tener un altar donde ore el corazón con fe sincera, recibiendo en cambio mil tesoros de esperanza y amor; tener una historia nacional llena de empresas nobles, de héroes ilustres y de grandiosos monumentos, es tener la mayor suma de felicidad que las almas elevadas pueden disfrutar sobre la tierra.

En la historia de todos los pueblos encontramos ciertamente notables manifestaciones de su vida religiosa y política, porque la Religion verdadera es un río caudaloso que á todas las gentes va dejando una parte de sus aguas, y el amor á la patria un bello libro donde

todos los siglos desearon escribir algunas elocuentísimas páginas. Pero entre todos esos pueblos hay uno que descuella majestuoso por su piedad y su heroísmo, y cuyo nombre no me es dado pronunciar sin sentir una emoción profunda que me gozaria en comunicáros. Todos nosotros llamamos Madre á nuestra amada España.

La España, señores, es sin duda el pueblo mas liberalmente colmado de los favores de la Providencia. Ella vió resplandecer la divinidad de la Cruz de Jesucristo á poco de su triunfo en el Calvario, y la abrazó tiernamente para no dejarla jamás. Ella estimó siempre en mucho su libertad y la independencia de su suelo, y luchó hasta vencer, con valor extraordinario, por sostenerlas ó por reconquistarlas. Asombrosos debieron ser los prodigios de su fe, para que los protestantes se creyeran obligados á ensalzar sus timbres religiosos. Sublimes debieron ser sus hazañas, para que los historiadores extranjeros se dedicasen frecuentemente á narrar las glorias españolas.

Cuando nosotros recorremos la larga série de altos hechos en que mas brillaron la fe y el patriotismo de nuestros mayores, hallamos uno que nos convida dulcemente á detenernos para contemplar sus innumerables bellezas, y que podríamos considerar como el punto culminante de nuestra hermosa historia; la conquista de Granada por los esclarecidos reyes Fernando V de Aragon é Isabel I de Castilla. Lejos estamos ya de ese suceso venturoso, y, parecido á los astros del cielo, su luz nos va guiando, á pesar de su inmensa

distancia: casi pudiéramos decir que fué para nuestra patria á manera de una encarnación religiosa y social, esperada con afán por treinta generaciones, y de la que partieron luego los rayos de una civilización poderosa. Ocho siglos de lucha encarnizada y mucha sangre de valientes guerreros costó obtener tan señalado triunfo: ¿qué importa? La Cruz cristiana plantada sobre los alminares agarenos se pierde en las regiones de la eternidad, adonde encamina nuestro espíritu; y la gloria alcanzada contra los hijos del Yémen y del Atlas será tan duradera como la vida de las Naciones.

La España, señores, contó, á mas de su fe y de su altiva dignidad, con un gran elemento para llevar á feliz cima su gigantesca obra; el elemento monárquico, sobre el cual fué cimentando su futura grandeza. Salvada por un caudillo insigne que ganó para ella maravillosas victorias, confió su restauración y su porvenir á la hidalguía y á la intrepidez de sus reyes; y los vió siempre pródigos de su sangre y de su vida por ceñirla laureles; y reconquistó con ellos sus ciudades, y por ellos adquirió privilegios; y sintió bajo su cetro que el corazón daba ya aquellos generosos latidos que llegarían á encumbrarla sobre las naciones de la Europa. Y cuando Isabel y Fernando aparecieron como enviados por Dios en el horizonte de nuestra patria para rematar la cúpula del suntuoso edificio; cuando hicieron al mundo la gran revelación de la fuerza y los recursos de su pueblo, é inundaron á este de gloria y de ventura, conquistando otro mundo ganado para Jesucristo y para el progreso de la humanidad, España se



identificó mas y mas con el trono de sus monarcas, como estaba ya identificada con el altar de su Dios; y admirando aquellos esplendores de la tierra, y adorando este resplandor misterioso de los cielos, hizo lo que Jacob; levantó un título de piedra en el lugar en que el Señor le habia hablado. *Erexit titulum lapideum, etc.*

¡Oh tú, templo augusto de majestad indecible, que contiene hoy bajo tus bóvedas tantas almas reconocidas y profundamente piadosas! Tus columnas corintias declaran la grandeza del pueblo que te erige: tu atrevido arco publica su valor heróico: tus bellísimas pinturas sus virtudes; y de tu coro se eleva sin cesar su cántico Eucarístico! ¡Oh tú, magnífico sepulcro, donde reposan las gloriosas cenizas de nuestros inmortales libertadores, creacion admirable que el genio ha consagrado al genio! Tus delicadas esculturas revelan al mundo el secreto de nuestro engrandecimiento, y tú vienes atravesando los siglos como testigo fiel del amoroso lazo que une al pueblo español con sus legítimos soberanos!

En suma, Excmos. Sres.: estos dos monumentos son hoy para mí el símbolo de la Religion y del Trono, bajo cuya influencia floreció á tanta altura la sociedad española; pensamiento del cual haré surgir las siguientes proposiciones:

Primera. *La conquista de Granada es el fausto acontecimiento que debe perpetuar la adoracion de los españoles ante el Altar cristiano.*

Segunda. *La conquista de Granada es el dulce*

*vínculo que hace inseparable la gloria del pueblo español de la gloria del Trono de sus Reyes.*

¡Señor! Tú que alumbras la inteligencia del hombre con los destellos de tu luz eterna: tú que pones en su corazon la chispa misteriosa que le enciende en un fuego sagrado: yo imploro en este dia las suaves inspiraciones de tu gracia! Si mi ruego no es bastante digno para llegar hasta tu solio, yo te lo presento por medio de esa Virgen de amor que acoge todas las oraciones del alma, y á la cual saludaremos con el Ángel:

AVE MARÍA, ETC.

## PRIMERA PARTE.

---

LA historia religiosa de España está sembrada de personajes extraordinarios y de escenas maravillosas. El alma cristiana no se cansa de estudiarla jamás, así como el viajero no se cansa de admirar las grandiosas perspectivas de la naturaleza; ni puede pasarse sin pena con tanta rapidez por esos sitios deleitosos donde quisiéramos hacer mas larga nuestra morada.

Apenas nacimos al Evangelio, tres tradiciones benditas, que cautivan la imaginacion, fueron consignadas en las primeras páginas de nuestro libro cristiano: la aparicion de la Santísima Virgen, la predicacion de San Pablo en nuestra patria y la venida del Apóstol Santiago. La crítica podrá no apreciar de la misma manera todos los fundamentos de esas tradiciones; pero el impulso estaba dado, y la España pagó cumplidamente su deuda de fe y de gratitud á la Iglesia de Jesucristo por los tesoros con que la habia enriquecido. ¡Cuán dulce es contemplar el extenso catálogo de nuestros mártires, durante la dominacion de la Roma pagana, entre los cuales cruzan mas gloriosos por delante de nuestra vista el Obispo Fructuoso, Lorenzo, asombro de la ciudad de los Césares, el Diácono Vicente, Justa, Rufina, Engracia, Hemeterio, Celedonio y Eulalia! Solo la gran figura del venerable Osio hubiera despues bastado para honrar á un pueblo; pero la España habia, además, de dar al mundo un Pontífice santo en Dáma-

so, un ilustre Emperador en Teodosio, un sabio escritor en Paciano, y en Prudencio el poeta sublime que cantó los mártires de Jesucristo en inspirados versos.

Sopló el viento del Norte sobre el Mediodia de la Europa, y de la Germania y la Escandinavia brotaron ejércitos de formidables guerreros, duros como su clima y numerosos como las hojas de los árboles de sus bosques, y la España fué un reino visigodo en vez de una provincia romana. Pero en vano los nuevos invasores vienen imbuidos en las doctrinas del Arrianismo que les enseña Ulfilas: en vano son rudos, terribles y feroces. Florecerán aun en la nacion Ibera, Idacio, Orencio, Paulo Orosio, y otros héroes de ciencia y de virtud que irán preparando el triunfo pacífico de la raza vencida sobre la raza vencedora, hasta llegar á aquellos dias felices en que encontremos á Hermenegildo en el martirio, á Recaredo y San Leandro unidos en el Concilio III de Toledo; á Sisenando y á San Isidoro en el IV, y á otros muchos Monarcas que realizaron por espacio de un siglo la concordia venturosa del Sacerdocio y del imperio.

Rugió, á su vez, el vendabal de Oriente. No eran ya las hojas de los árboles de los bosques germánicos, sino las arenas del desierto las que parecieron trasformarse en guerreros. Un hombre de hermoso rostro, fanático hasta el delirio, que subia sobre el Borac al paraiso, mansion de todos los placeres de la sensualidad, cuya llave era la cimitarra y cuyo camino mas seguro la muerte en el campo de batalla, no podia menos de formar un pueblo conquistador y temerario; y el inquieto

Árabe, invadiendo sucesivamente la Siria, la Persia, el Egipto y la Libia, descubrió en lontananza las costas de un nuevo continente. Miró en su ardor al turbulento mar como un angosto río, y lo atravesó impávido. La estirpe goda, aislada tenazmente de la estirpe ibera, habia degenerado, y la catástrofe del Guadalete vistió de luto á la España cristiana en el trascurso de ocho siglos.

La cadena de nuestros blasones religiosos no se interrumpe sin embargo. En medio de aquellos tiempos de agitacion profunda nos salen al encuentro figuras venerandas. No os citaré, señores, sino los nombres mas célebres: en los siglos VIII y IX á Isaac, Eulogio, Sabiniiano, Habencio y Wistremundo, mártires de Córdoba: en el X y el XI á San Ansurio, San Rosendo y Santo Domingo de Silos: en el XII y el XIII á San Lesmes, San Rodrigo y San Martin de Leon: en el XIV y el XV á San Pedro Pascual, San Pedro de Armengol, San Juan de Sahagun y San Vicente Ferrer, aquel hombre singular que predicaba con voz irresistible á los grandes de la tierra la necesidad de una verdadera reforma en las costumbres y la disciplina eclesiástica.

Algunos historiadores han prodigado apasionados elogios á la civilizacion árabe, y en verdad que nosotros no podríamos negarla sin ser notoriamente injustos. Pero sí podemos observar que fué aquella una cultura extraña que pareció vincularse en dos solas dinastías, la de los Beni-Omeyas y los Abasidas; civilizacion pasajera é infecunda, como lo es toda aquella que no procede de las instituciones. Examinad hoy aquel pue-

blo, y vereis que ha muchos siglos cerró sus puertas á la civilizacion, y todavía no las ha abierto. La sensualidad y el despotismo no pueden producir adelantos permanentes para la humanidad.

Fuera de esto, señores, si es cierto que la civilizacion es muy bella, nada hay tan bello como la fe que se extiende, la verdad que triunfa y el corazon que adora á Jesucristo. El verdadero progreso enaltece seguramente el espíritu. Dadme siglos de fé, y yo os daré, mas ó menos pronto, una civilizacion real y duradera. Tened por el contrario un progreso mas material y mecánico que espiritual y religioso: no pongais al lado de todo vuestro saber, de todas vuestras grandes exposiciones de la industria y de las artes, un templo donde el alma pueda alabar á Dios; y vuestros adelantos pasarán como las corrientes de esos rios que solo llevan agua con las lluvias del invierno.

Únicamente la fe cristiana y el entusiasmo religioso pudieron dar al cabo á los hijos de España sus ruidosas victorias, y con ellas una civilizacion mas sólida y estable. Porque no debemos olvidar que el Árabe peleaba tambien á favor de una idea religiosa; que tenia su *alghied*, como nosotros tuvimos nuestra cruzada, y que aguardaba como premio del combate todas las voluptuosas delicias de su Eden. Era aquella lucha de la religion contra la secta, del justo sentimiento cristiano contra el fanatismo; y sin la superioridad invencible de la verdad sobre el error, fácil hubiera sido al hijo del Profeta asegurar su dominacion en nuestra codiciada península.

Y nuestros guerreros, señores, lo comprendían así. Ellos tenían constantemente la Cruz delante de su vista en el templo, en el hogar, en la montaña, en el bosque, en la campiña, y hasta creían verla milagrosamente en el espacio; y el vehemente deseo de ganarla triunfos contra la media luna infundía un ánimo constante en su espíritu, y daba irresistible poder á su brazo. Este es casi siempre el verdadero secreto de muchas glorias que merecían escribirse con letras de oro en los anales de la patria: Alange, Clavijo, Mérida, Talavera, Simancas y Caltañazor, contra el Ommiada: Toledo, Calatrava, Sepúlveda y las márgenes del Tajo, contra el Almoravide: las Navas, Córdoba, Sevilla, Tarifa y el Salado contra los Almohades. De este modo también se formaron aquellos valerosos caudillos que se llamaban Alfonso el Católico, Fernán González, Alfonso el Batallador, el Cid, Alfonso VII, Alfonso VIII, Fernando III, Guzmán el Bueno y Alfonso XI.

Por eso, señores, después de la victoria se pasaba siempre á tributar la acción de gracias al Eterno. Si no existían los antiguos templos, se edificaban otros más grandiosos: aquellos templos romanos de la restauración cantábrica, los bizantinos desde el siglo X al siglo XII, los góticos desde el XII hasta el Renacimiento; pero casi todos ellos con la cruz latina, que era como la primera palabra de la fe de sus egregios fundadores. Así vemos erigirse por Pelayo aquel Altar de Covadonga consagrado á la Virgen María: por Ordoño II la Catedral de León, reedificada en siglos posteriores, y cuyas delicadas paredes parecen, dice un

escritor,<sup>1</sup> cristales para resguardarla del aire: por San Olaguer la Catedral de Tarragona, ciudad que conquista uno de los Berengueres, y en cuya construcción se amalgaman todos los gustos de la arquitectura: por Pedro I el Católico la Catedral de Lérida, á la que llama Piferrer<sup>2</sup> el último suspiro del arte bizantino: por Jaime el Conquistador la Catedral de Palma, y por Fernando el Santo, en fin, los suntuosos templos de Valladolid, de Toledo y de Burgos.

Á los resplandores de aquella llama de sagrado entusiasmo se vieron también nacer las Órdenes militares que armonizaban, con rara maravilla, la espada y el valor con el hábito y el voto religioso; instituciones caballerescas que dieron muchos días de gloria á nuestra patria. Aquel fuego misterioso atrajo asimismo á nuestro suelo millares de guerreros que venían en fervorosas cruzadas, semejantes á las de Palestina, pero que no merecieron, como estas, las censuras é invectivas de algunos escritores. Y esta fe, siempre creciente y liberalmente recompensada, hizo que, á fines del siglo XV, Granada fuera el último baluarte del islamismo en España. Un esfuerzo más, y el hijo del África irá á vivir con las panteras de sus selvas.

Granada, señores, había sido dada en señorío á Abu-Mozni el Zanhegui al comenzar el siglo XI; y á pesar de las terribles rivalidades de Hamdaim y Saif-

---

1 Madoz, Dicción. Geog. de España, tom. 10, pág. 178, y Quadrado, Recuerdos y bellezas de España.

2 Recuerdos y bellezas de España, tom. 1.º pág. 323.

Dola, de Aben-Hud y el afortunado Alhamar que funda el reino Granadino, y de las posteriores de Nazar y Mohamed III, de Ismael y Abu-Said, y de los dos Mohamades, el Zaguer y el Izquierdo, la monarquía habia alcanzado un grado de esplendor envidiable. Ciudad predilecta de la naturaleza, Granada habia parecido una nueva Damasco á los amigos de Baleg. Tenia dos rios que acariciaban su falda, plantas medicinales en sus sierras, abundantes y sabrosos frutos en sus campos, y flores deliciosas en sus cármenes; y el moro dió á su sultana ricos monumentos para el arte, palacios para el amor, plazas para sus torneos y canales para su vega. Pero no consiguió la union de sus diversas tribus, y las discordias civiles entregarían bien pronto á Granada en manos de los monarcas de Castilla.

Ya algunos de nuestros reyes y de sus mas renombrados caudillos intentaron repetidas veces apoderarse de la hermosa Ciudad; y desde el Cid hasta Don Juan II se derramó en sus llanuras mucha sangre de héroes, y se ejecutaron portentosas hazañas. Alternaron las victorias y los reveses, el temor y la esperanza, y hasta la abnegacion y la envidia; pero el día tan ardentemente suspirado esperaba, para difundir su luz, á que apareciesen en el cielo de nuestra patria Isabel y Fernando.

Isabel, señores, se representa con frecuencia á la mente como objeto de los especiales designios de la Providencia. El genio iluminaba su frente, la fe llenaba su alma, sus manos prodigaban por todas partes los dones de la caridad; pero era de tal modo inteligente,

que comunicaba sus elevadas ideas con sencillez y modestia; de tal modo religiosa, que nunca la encontramos fanática; de tal modo caritativa, que sabía hermanar dulcemente la clemencia con la justicia.

Las distinguidas cualidades de Fernando V no resaltan con todo su valor ante los resplandores deslumbrantes de la grande Isabel; pero es tambien una noble figura de la historia. Esposo digno, guerrero intrépido, monarca piadoso, y padre amante de su pueblo, fué un modelo de príncipes, y mereció justamente el amor de sus vasallos. El genio que inspiró á Berenguela de Castilla se habia posado sobre la frente de Isabel I; y Fernando el Santo, conquistador de Sevilla, de Córdoba y Jaen, parecia alzarse de su tumba para saludar al sucesor afortunado que terminaba su interrumpida obra con idénticos fines; el triunfo de la Cruz y la gloria de Jesucristo.

Era el año de 1481, y la España escuchó el gemido de intenso dolor que exhalaban sus hijos de Zahara; pero el rugido del tigre de África despertó al leon generoso de Castilla, y Granada lanzó el ¡ay! profético de su muerte, exclamando pocos dias despues en plañidero tono *¡Ay de mi Alhama!* lúgubre temá sobre el cual se escribió uno de los mas populares y sentidos romances. Un Giron ha sucumbido en Loja, y el rey Fernando arriesga allí muchas veces su vida, perdiendo gran número de sus guerreros; pero en los bosques de Castellar se cantan el arrojo y el triunfo de un alcaide cristiano. Luto viste y llanto amargo vierte nuestra patria por la derrota de los montes de Málaga; pero

ella se adorna con sus mas vistosas galas por el insigne triunfo de Lucena, jornada feliz en que por vez primera se cautivó á un rey moro de Granada. Despues, señores, cuántas glorias! Lopera, Ronda, Gambil, Loja, Íllora, Moclin, Vélez, Málaga, Baza, Guadix, Almería, Santa Fe, frescas brisas que vienen empujadas por el ardiente sol de un claro dia!

¡Y cuántos nombres célebres de varones esforzados! Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cádiz, guerrero especialmente querido de los historiadores, y que parecia estar destinado á salvar la vida de su rey: el duque de Medina Sidonia, corazon magnánimo que en el dia del peligro no vacila en socórrer á su poderoso rival, el vencedor de Alhama; cuyo noble proceder unió á los dos guerreros en tan fiel amistad, que hasta la muerte respetó su afecto, hiriéndolos en el mismo dia: el conde de Cabra y el Alcaide de los Donceles, los vencedores de Boabdil: Alonso de Aguilar que venga en el fiero Aliatar, á las orillas del Genil caudaloso, su reciente desastre de la Axarquia: Luis Portocarrero, señor de Palma, el héroe del Lopera: Tellez Giron, conde de Ureña, cubierto de laureles en Ronda: Gonzalo de Córdoba, simple capitan de guardias que deja adivinar en Moclin al vencedor de Italia: Hernan Perez del Pulgar, el de las altas hazañas, y el jóven Garcilaso, vencedor del orgulloso Tarfe. ¡Cárdenas, Zúñiga, Manrique, Pacheco, Pimentel, Toledo, Silva, Velasco, Lopez de Mendoza, venid tambien vosotros! Las generaciones reconocidas os admiran, y la Religion y la Patria inmortalizarán en sus páginas vuestra memoria, así

como vosotros las ensalzásteis con vuestros grandes hechos!

¡Granada! Tú, la ciudad que rubrica la fe del Evangelio con la sangre de Cecilio, y la extiende con la ciencia de Gregorio Bético: tú, la del Concilio celebrísimo y la de los mártires sacrificados por Mohamed: tú, la cautiva con cadenas de oro, entre afligranados muros, de Alhamar, Ismael y Jusef: tú, la tierra privilegiada donde, segun la dulcísima imágen de un poeta,<sup>1</sup> tiene el alba su cuna, y el sol su reclinatorio: despierta y goza de tu inefable dicha! El rey moro se despide de tí con el corazon conmovido, porque sus abuelos le enseñaron á cobrarte cariño; el estandarte de la Cruz ondea sobre tus encumbradas almenas; el himno religioso resuena en tus espacios; el agua bendita trasforma tu mezquita en Iglesia; los devotos monarcas y sus piadosos capitanes se postran sobre el pavimento del templo para elevar á Dios una oracion ferviente; y el cántico del cautivo que renace á la vida forma armonioso concierto con la música sagrada. ¡Granada, Granada! Tú das en el 2 de Enero de 1492 una fecha memorable á toda la humanidad cristiana. Roma, henchida de júbilo, te envia la bendicion de sus Pontífices, y los soberanos de Europa sus íntimas felicitaciones. Es todavia el tiempo feliz en que Inglaterra celebra las victorias de las armas españolas sobre los hijos del Profeta.

Señores, la fe de nuestro pueblo ha sido recompen-

---

1 Zorrilla, Granada, Poema oriental, libro 1.º, Invocacion.

sada con una aureola inmarcesible. Al mártir cristiano bastaban los merecimientos de un día para recibir la invisible corona que le ceñía el Ángel de los cielos: la nacion mártir de ocho siglos tenia derecho á ser coronada solemnemente por la Religion y por la historia. Nuestra unidad nacional queda hermanada con la mas completa unidad religiosa; admirable consorcio donde no se descubre ningun pensamiento mezquino, ni ningun sentimiento bastardo, sino la sola idea de ensanchar los reinos de Jesucristo, y devolver sus hogares á los hijos de la patria.

No hay un solo acto público en aquella guerra de dos lustros, dice un escritor contemporáneo,<sup>1</sup> que no nos confirme en esta idea consoladora. Las ceremonias que se practicaban en las plazas reconquistadas seducen el espíritu. «Se ondeaba el estandarte del símbolo de nuestra redencion, rico don de un Pontífice; y los espectadores se arrodillaban, entonando el sublime cántico *Te Deum laudamus*. Se desplegaba la enseña de Santiago, el Patron caballeresco de España, y se daba al viento la bandera de los reyes, y el ejército aclamaba con una voz unánime, ¡*Castilla, Castilla!* Y el Obispo entonces precedia la piadosa comitiva para purificar el lugar donde debia elevar sus oraciones al Altísimo.»<sup>2</sup>

Isabel y Fernando hacen, además, levantar templos magníficos, para cuya ereccion autorizó Inocencio VIII al gran cardenal Gonzalez de Mendoza, enriqueciéndo-

1 Prescott, Historia del reinado de los Reyes Católicos, cap. 11.

2 Lucio Marineo Sículo, *Cosas Memorables*.

los aquella frecuentemente con preciosos ornamentos, que borda por su propia mano. Isabel y Fernando recomiendan siempre la caridad para con el vencido, á quien llevan los consuelos de los corazones generosos. Isabel y Fernando tratan luego á Granada como á una hija querida, dándola para su gobierno dos hombres superiores; el virtuoso Hernando de Talavera, que comprendia la mision de tolerancia y mansedumbre del sacerdote católico, llevada por él hasta la abnegacion mas profunda, y el buen conde de Tendilla, que despues de ser un guerrero esforzado y un galante caballero, fué un padre bendecido aun por los mismos enemigos de su fe.

Pero no se ha dicho todo, señores. Si la conquista de Granada fué para el presente un acontecimiento venturoso, fué tambien para el porvenir prodigiosamente fecundo. Yo os hablaré despues de las glorias nacionales; pero concretándonos todavía á los triunfos de la fe, os diré que sin Granada, sometida al poder de los Monarcas castellanos, no concibo la audaz empresa de conquistar un Nuevo Mundo, que se gana para la verdad del Evangelio: sin Granada no concibo las religiosas expediciones de Cisneros y de Carlos V contra los berberiscos: sin Granada no concibo á Juan de Dios, el héroe de la caridad, que inspiró á Vicente de Paul, y reveló á los corazones los mas tiernos secretos del amor al prójimo: sin Granada no concibo á Lepanto: sin Granada no concibo esa bellísima historia, bien poco conocida, de los lauros alcanzados por nuestros guerreros de los últimos siglos en las costas africanas, en-

tre los cuales descubrimos la memoria veneranda de Mora y de Correa, mártires de su fe, y los nombres de los Vasconcelos, Mendozas, Taboadas, Aguados, Fernandez y Pavías: sin Granada, en fin, no concibo los postreros triunfos de nuestros valientes hermanos sobre las feroces hordas del Atlas, triunfos que han ofrecido al catolicismo un testimonio mas de nuestras creencias, y han probado á las naciones de Europa que no degeneraron los hijos de Pelayo y del Cid.

Si examinando, señores, las páginas de nuestra historia religiosa, y describiendo á grandes rasgos las bellezas de la conquista de Granada, hemos visto á nuestros Católicos Reyes presentando al pié de los altares sus adoraciones, piadoso tributo que el pueblo español debe perpetuar; vamos ahora á contemplarlos sobre el trono, á cuya gloria identificaron nuestra gloria.

---

## SEGUNDA PARTE.

---

El celtíbero, hijo de la fusion de dos pueblos rivales é igualmente poderosos, revelaba desde luego en el fondo de su carácter al guerrero de la reconquista y al héroe de la independencia. Valiente, sóbrio, confiado, enemigo de la unidad que contrariaba su inclinacion al aislamiento, era, en los momentos del peligro, siempre leal, siempre noble y magnánimo. Indortes é Istolacio fueron los primeros caudillos de nuestra nacion contra la perfidia del cartaginés. Indibil y Mandonio, y mas tarde el gran Viriato, miden sus fuerzas con las de la orgullosa Roma. Era instintivo el odio á la dominacion extranjera en el corazon ibero; y á la distancia de veinte siglos, Sagunto y Numancia se vieron revivir en Zaragoza y Gerona. Dad, señores, buenos reyes á ese pueblo tan grande, y España será la admiracion del mundo. Cuando ella dió emperadores á Roma, fueron Trajano el Magnífico, Adriano el Ilustre, Teodosio el Grande y Marco Aurelio el Filósofo.

Invadida la España por las primeras tribus del Norte, protesta contra su asoladora dominacion en las montañas de Galicia; y ocupada despues por la raza menos bárbara de los visigodos, todavía sostendrán la lucha de la independencia los vascos, los cántabros y los astures. Ataulfo es, sin embargo, el fundador del reino de la España goda; Wallia prosigue su empresa; Eurico la termina; Leovigildo la engrandece. Pero el

pueblo conquistador y el pueblo conquistado tienen distinta religion, distintas leyes, y no pueden considerarse solidarios de sus respectivos hechos.

La sangre del hijo de Leovigildo hace nacer el trono de Recaredo; y con la unidad de la fe tiéndese á realizar la unidad política. La publicacion del Fuero Juzgo es la desaparicion del derecho personal ante el derecho territorial que ha de regir á todos los habitantes de la península ibérica. Celébranse aquellos Concilios toledanos que ejercen una influencia bienhechora en el Estado como faro de la fe, como fuente de moral purísima, y como dique contra las injusticias y las ambiciones. Mas, á pesar de esto, no sabemos reconocer á la nacion española hasta que queda completamente unida por la legislacion, por la familia y por la desgracia. Pudiera, pues, decirse que el primer jefe de nuestra gloriosa monarquía es el inmortal Pelayo.

¡Siglos de fe, que encendísteis el fuego de vuestro entusiasmo religioso en la luz que se conservó sobre los riscos de Asturias: generaciones de nuestra patria enaltecidas con laureles sin cuento por aquel ejemplo fecundo de valor y patriotismo! Haced alto un instante para enviar vuestros saludos á aquel hombre prodigioso: enseñad á vuestros hijos á que respeten y bendigan su nombre hasta el último dia de su existencia; y apenas podreis pagarle de ese modo una pequeña parte del bien que le debísteis!

El dominio de una reducida montaña crece y se extiende hasta abarcar dos mundos. Por delante de nuestra imaginacion atónita van cruzando en el rápido exá-

men de la historia, aquellos grandes reyes que amaban tiernamente á su pueblo, como adoraban humildemente á su Dios, y que por él arriesgaban sin vacilar su vida; por él derramaban su sangre; por él llevaban á sus hijos al combate, y con él se identificaban mas y mas por el vínculo del peligro, de la esperanza y la victoria. Alfonso I, Alfonso el Casto, Alfonso el Magno, Ordoño I, Ramiro II, Alfonso el Noble, Sancho Abarca y Sancho II de Navarra; Ramiro I y Alfonso I de Aragon, Alfonso VI, Alfonso VII, Alfonso VIII, Fernando el Santo y Alfonso XI, son nombres que están escritos con terror en las crónicas musulmanas, y con amor indecible en el libro de nuestra patria.

Doloroso es, por cierto, contemplar en medio de este cuadro las discordias y luchas continuadas que dividian á nuestros príncipes; reminiscencias del individualismo ibero, y producto, á la vez, de un imperfecto sistema de sucesion á la corona. Por fortuna, señores, los secretarios del Profeta ardieron tambien en terribles y eternas rivalidades; y á los enconos de Muza y de Tarik, sucedieron los mas trascendentales de Abdelmelic y Balleg, Husam é Ismael, Yusuf y Amrú antes de Abderraman I; y despues las guerras implacables de Abdallá y Hafsum, y de Mohamed y Suleiman. Los estados cristianos de España crecian, no obstante, considerablemente; y era que en los momentos supremos la Religion y el patriotismo conseguian dominar la excitacion de las pasiones. Para Caltañazor y las Navas todos se unian como un solo corazon y un solo brazo.

Y no solamente daban nuestros monarcas á su pue-



blo la gloria de las batallas, sino que les iban dando asimismo los derechos de su libertad civil, y los progresos de la civilizacion. La concesion de los Fueros municipales otorgados antes que en los demás países de Europa, y que tanto influyeron en nuestra historia jurídica; el establecimiento de las Córtes Españolas desde el siglo XII; el Fuero Viejo de Castilla, de incierto origen; el Fuero Real y el Código de las Partidas de Alonso X, rey que mereció por su saber ser electo emperador de Alemania, y el Ordenamiento de Alcalá, de Alfonso XI, eran ya como la flor del árbol que habia de dar su regalado fruto á fines del siglo XV. El alma, señores, siente inmensa alegría al encontrarse de nuevo con dos séres que ama, y con un suceso que bendice; Isabel y Fernando, y la conquista de Granada.

Isabel habia tomado sus primeras lecciones, que no olvidó jamás, en la escuela de la desgracia. Despues, cuando fué reina, el camino de su vida pública estuvo constantemente alfombrado de flores; pero flores que siempre conducian al Templo ó á la felicidad de su pueblo. Los males profundos que sufría la España se desvanecieron á su subida al trono como esas nieblas que se disipan á la salida del Sol. Ella puede decirse que fué el alma de todos los faustos sucesos de su largo reinado, y muy especialmente de la guerra contra los infieles. Isabel daba sus luminosos consejos, se desprendía de sus joyas, hacia venir los mejores operarios de Europa, acudia á todas las necesidades, calmaba todos los dolores, recompensaba todas las acciones heroicas.

Fernando tenia un gran talento, que se sobrepuso á

su educacion descuidada, é hizo un estudio profundo de la historia, en la que habia de desempeñar un papel tan importante. La bondad de su corazon se habia manifestado desde la batalla de Toro contra los portugueses; y si despues de haber perdido la amable compañera de sus mayores glorias, nótanse algunas ligeras sombras en el cuadro de su vida, puede decirse que conservó su dulzura y su moderacion, aun en los días del desengaño. Los mismos escritores protestantes han hecho justicia á su piedad y á sus talentos políticos.

Pues bien: La conquista de Granada abrió ante esos esclarecidos reyes un horizonte inmenso. Ella acrecentó sobremanera su poder, dándoles un fertilísimo y extenso territorio. Ella adunó los intereses de nuestras diversas provincias, fomentando así el espíritu de nacionalidad. Ella produjo el reposo necesario para la organizacion interior del reino. Habia, pues, llegado el tiempo de que aquel vínculo de gloria que venia estrechándose entre los hijos de España y el trono de sus monarcas, se afanzara de una manera indisoluble.

Y se afanzó, en efecto, señores. Se necesitaba, ante todo, revestir de dignidad y esplendor la monarquía, humillada desde los tiempos feudales, y vacilante por las recientes revueltas de los grandes; é Isabel y Fernando supieron rodearse de una majestad imponente y sublime. Encontraron una nobleza turbulenta, y lograron dominarla; una nobleza degradada, y consiguieron su regeneracion, justificando mas y mas la lisonjera frase de un escritor moderno <sup>1</sup> que ha llamado á la Es-

<sup>1</sup> Prescott, Hist. citada, seccion 1.

pañía el país de los caballeros. Hallaron un pueblo lleno de elementos de vida, y le enaltecieron extraordinariamente, abriéndole nuevas sendas de prosperidad y de gloria; elevándole á la mas alta consideracion política que disfrutó jamás, y que dió tan excelentes resultados en las Córtes de Madrigal y de Toledo; buscando en él con exquisita diligencia á los hombres de gran mérito para encumbrarlos á los mas altos puestos; conducta imitadora de la conducta constante de la Iglesia, y que dió tanto lustre á aquel reinado con el nombre de Jimenez de Cisneros.

La legislacion, entretanto, seguia perfeccionándose, y aparecieron las Ordenanzas Reales de Montalvo, la coleccion de Pragmáticas de Alcalá de Henares y las leyes de Toro. Desarróllase la cultura intelectual, y florecen las letras enriquecidas con los nombres de Alonso de Palencia, Antonio de Nebrija, Rodrigo de Santaella y Gonzalo de Ayora. La poesía entra en aquel período de transicion que prepara el esplendor de nuestra literatura nacional en el siglo XVI, y se publican los Cancioneros, y escriben sus obras Rodrigo de Cota, Fernando de Rojas, Juan de la Encina, Torres Naharro y Perez de Oliva. Hasta las bellas artes se cultivaban con esmero, vislumbrándose ya la gloria de nuestros grandes maestros, desde Berruguete y Juan de Juanes, los protegidos de Cisneros y de Santo Tomás de Villanueva, hasta Alonso Cano y Murillo. No hubo, finalmente, dice un historiador de nuestros dias,<sup>1</sup> asunto

<sup>1</sup> Lafuente, Historia de España, tom. 9, pág. 491.

religioso, moral, político, jurídico, económico, literario, industrial, mecánico ó mercantil, que se escapase á las atenciones y á la provechosa reforma de aquellos reyes admirables.

De la conquista de Granada, señores, habian de brotar aun mayores glorias. El éxito feliz de aquella empresa decidió quizá el ánimo de Isabel para confiar á Colon el descubrimiento de un Nuevo Mundo: en aquella guerra se desarrolló el genio militar del gran Gonzalo, que pasmó al Orbe en sus campañas de Italia: de allí fueron formándose los ejércitos que hicieron vencedores, á Hernan Cortés en Méjico, á Carlos V en Pavía, á Felipe II en San Quintin, y á nuestros tercios en Flandes. Y aun me atrevo á avanzar muchos siglos. En los mismos tiempos de la decadencia de nuestra monarquía, y cambiada la dinastía de nuestros reyes, todavía subsisten los poderosos elementos de vida con que Isabel y Fernando dotaron tan abundantemente á nuestra patria, despues de sus triunfos sobre los agarenos; y de ellos sacamos nuevas glorias en el Milanesado, en Alemania y en los Alpes, con Felipe III y Felipe IV; las victorias de Felipe V; el engrandecimiento de nuestra marina con Fernando VI; la importancia de nuestra nacion con Carlos III; la Novísima Recopilacion de nuestras leyes con Carlos IV; el heroismo de nuestros padres en la lucha contra Napoleon; mil resortes, en fin, de civilizacion y de fuerza, que pueden levantarnos algun dia al nivel de las mas adelantadas naciones de la Europa.

Fácilmente, señores, habreis podido comprender por

este rápido bosquejo, que he querido haceros amar la buena memoria de vuestros reyes, amor á todas luces merecido y justísimo. Porque hay un hecho decisivo en nuestra historia, en el que acaso no se ha fijado bastante la atención. Buscad por todas sus páginas la figura de un rey que os sea enteramente repulsiva y odiosa, y yo os digo que no acertareis á encontrarla. Aun cuando nos remontemos hasta los reyes godos cristianos, solo hallareis de Rodrigo una desdicha; despues, de Mauregato, una fábula; de Pedro el Justiciero, un enigma; de Enrique IV, la debilidad, y de Carlos II la ineptitud. Esos príncipes que rigieron las naciones como el azote de Dios, y para deshonra de la humanidad, no se han sentado jamás sobre el solio de España.

Condensad, por tanto, vuestras ideas: examinad en su conjunto el cuadro, y podreis admirar toda su belleza y armonía: en nuestra historia cristiana, la fe siempre en el alma, el heroismo siempre en el corazon, el sentimiento religioso sellando nuestros mas memorables períodos: en la historia de nuestro desenvolvimiento político y social, nuestros reyes unidos con su pueblo para combatir contra los enemigos de la patria, y siempre celosos de las garantías individuales, y de la prosperidad nacional. La conquista de Granada es la gran coronacion del majestuoso edificio. *Es el fausto acontecimiento que debe perpetuar la adoracion de los españoles ante el Altar cristiano*, porque terminó la bella obra de nuestra unidad religiosa; hizo brillar á la llama de un entusiasmo sagrado el ejemplo de relevan-

tes virtudes, y preparó para el porvenir grandes triunfos á la Cruz de Jesucristo. *Es el vínculo que hace inseparable la gloria del pueblo español de la gloria del trono de sus Reyes*, porque los preclaros monarcas que la realizan, identificaron sus intereses con los intereses de sus súbditos; elevaron la nacion á toda la altura de su grandeza, y arrojaron sobre ella los gérmenes de una civilizacion imperecedera. ¡Ojalá que la piedra viva y elocuente de este grandioso templo, donde se adora al verdadero Dios de nuestros padres, y de ese túmulo magnífico, donde se guardan los restos de los ilustres reyes, dulces amigos de las generaciones que nos antecedieron, sea el símbolo de vuestros perpétuos sentimientos, y de los sentimientos de vuestros hijos. *Erexit titulum lapideum, etc.*

Excmos. Sres.: estamos en medio del siglo XIX, y nuestro pueblo vive aun bajo la sombra salvadora de su antigua monarquía. Pero cuando hemos escuchado cerca de nosotros la voz de las revoluciones, y presentimos un porvenir cargado de graves acontecimientos, conveniente será recordar algunos principios de verdad y de orden, que vosotros ayudareis á sostener en las esferas respectivas de vuestra autoridad. Así haremos como el ave que presagia la tormenta, y busca un asilo contra ella; como el pastor de la montaña que recoge su ganado cuando divisa á lo lejos las nubes de la tempestad.

Es de todo punto indudable que la potestad civil dimana del mismo Dios, como fuente que este es de todo

ser y de todo derecho; y ora tenga en la familia su origen, ó solamente su tipo; ora se comunique mediata ó inmediatamente, diferencia más metafísica que práctica, el hombre tiene una obligación indeclinable de obedecer á las potestades legítimas. En la Escritura no hallaremos nunca definición alguna que nos determine la forma de ese poder. La Iglesia fué despues demasiado sabia para resolver acerca de las formas políticas, y todas las aceptó igualmente, porque su único destino era enseñar á los hombres el camino del cielo. Pero, al examinar la historia antigua, vemos á los pueblos primitivos vivir bajo el imperio de sus reyes, forma de gobierno que conservaron generalmente las naciones, porque debieron reconocerla como la mas natural, la mas sencilla, la mas estable, la mas fuerte, la mas pacífica y la mas paternal. Cuando se inició el movimiento civilizador de las edades modernas, la ciencia social buscaba en la monarquía el centro regulador de todos los intereses; los mas notables publicistas dieron la preferencia á la monarquía hereditaria, con extrañeza y con pena de Sismondi,<sup>1</sup> y hoy las escuelas conservadoras encuentran en el trono el áncora de salvacion para las sociedades.

Ahora bien: si la ciencia reconoce las ventajas del gobierno monárquico para regir los pueblos; cuando un trono se afirma con la tradicion, con los hechos y con la opinion misma, debe consolidarse mas y mas la

---

1 Sismonde de Sismondi, en sus estudios sobre las constituciones de los pueblos libres, se declara partidario de la monarquía electiva.

estrecha y amorosa lazada que une al soberano con sus súbditos. Señores, una reina ilustre se sienta hoy sobre el solio de San Fernando. La gloria de Isabel Primera brilla sobre su frente, y un derecho legítimo sostiene en su mano el cetro de sus antecesores. Pero hay en ella algo más todavía que la gloria y el derecho, herencia de sus antepasados. La Segunda Isabel ha cubierto de laureles las armas españolas en otra lucha gloriosísima contra los hijos del Profeta: ha llevado ante el altar cristiano la ofrenda de su fe, restaurando el santuario de Covadonga, erigido por el inmortal Pelayo: ha enriquecido nuestra legislacion, y prepara su deseada unidad: ha protegido con liberalidad suma las ciencias y las artes: ha sido, en fin, el faro salvador en nuestras borrascas políticas. Hasta su nombre es una garantía; y junto á su trono brota una tierna rama, que alimenta nuestras dulces esperanzas, y es la prenda de nuestra futura felicidad.

Un momento no mas, y termino mi discurso. Tenia Jesús un discípulo con un hermoso nombre: se llamaba Tomás, ó Didymo, *quasi geminus*, como gemelo, como hermano de Jesucristo por el amor; y una vez que creyó que habia para su Maestro algun peligro, se reveló toda la energía de su alma, todo el amor de su corazon, y dijo á sus compañeros: «Vamos tambien nosotros y muramos con él.<sup>1</sup>» Nosotros tenemos igualmente un bello nombre: nos llamamos católicos y so-

---

1 Evang. de San Juan, XI, 16.

mos españoles. De consiguiente, hermanos míos, si la Iglesia de Jesucristo y su Pastor Supremo; si nuestra patria y nuestra Reina, necesitasen de sus hijos, acordados de las palabras de aquel discípulo fiel y desinteresado: Vamos también nosotros y muramos con ellos. No es perfecto cristiano el que carece de valor para ser inmolado en las aras de su fe. No es buen español tampoco el que no se siente capaz de sacrificar su vida por su patria y por sus reyes.

No lo olvidéis, señores. En esa alianza dulcísima de la verdadera Religión y el bien entendido patriotismo, está el seguro camino que conduce al engrandecimiento de los pueblos, y á la gloria de la Jerusalem celestial. Amen.

